

No quiero terminar este artículo sin decir algunas palabras acerca de la noticia recibida de Roma, en los cablegramas del día 19 del mes corriente, sobre que *el Gobierno italiano va á disponer que los derechos de importación sean satisfechos en oro*. Esta noticia me ha dejado estupefacto, porque no comprendo cómo puede exigir el Gobierno el pago en oro de los derechos que ahora se pagan legalmente en plata; pues la moneda italiana de este metal representa su valor en oro, supuesto que ha sido emitida con el carácter de subsidiaria por el mismo Gobierno. Sería curioso que éste desconociese sus propios compromisos pecuniarios; si tal sucede el hecho se explicaría gráficamente con este aforismo vulgar: *págame lo que me debes, que de lo que te debo cuenta tenemos*.

La Industria Minera no será nunca la "Cenicienta" de la agricultura.

La literatura periodística tiene sus épocas memorables, en las cuales suele ponerse de moda algún asunto y ser objeto de lucubraciones diarias; esto está sucediendo ahora con la agricultura, recomendada á diario al Gobierno y á los particulares por los escritores públicos: al primero para que le imparta su poderosa protección y ayuda; y á los segundos para que empleen sus energías y sus capitales de toda preferencia en los negocios agrícolas, porque, según el decir de los publicadores, son los más remuneratorios. Escritores hay, muy entendidos por cierto, que recomiendan el cultivo extensivo; mientras que otros, con excelentes razonamientos, ensalzan el intensivo; y los hay también que forman cuentas galanas para demostrar que los agricultores se hacen muy pronto millonarios con los frutos tropicales. Sobre este punto ha habido y hay todavía escritores que han abusado de tal modo de la hipérbole, haciendo cálculos por demás lisonjeros, que ya nadie cree en esas pamemas.

Santo y bueno que se escriba en favor de la agricultura, promoviendo por cuantos medios sea posible su desarrollo: semejante tarea es digna de aplauso para todos los que deseamos el engrandecimiento y la prosperidad nacional; pero que no se desprecie á las demás industrias del país, y mucho menos á la minería que ha sido el origen y es todavía la base de la riqueza pública.

En días pasados leí en un periódico un excelente artículo económico, en el que batía palmas de entusiasmo su ilustrado autor, con motivo de haber aumentado la exportación en el último año fiscal en más de ocho millones de pesos, cinco que pertenecen á la minería y el resto á la agricultura; pero lo que llamó grandemente mi atención, causándome un desconuelo profundo, es que tan entendido escritor dijese que ese aumento era algo así como el destello de una vela que se apaga, porque *no habrá un príncipe que libre á la industria minera de ser en adelante la Cenicienta de la agricultura.*

Parece imposible que se crea por escritores ilustrados que la minería está próxima á desaparecer del catálogo de las industrias nacionales, precisamente cuando está dando abundantes pruebas de su vitalidad y pujanza, en los momentos más críticos de su existencia, por la enorme baja de la plata; y sin embargo, nada es más cierto que algunos economistas creen que la industria minera está agonizando y que los trabajos mineros constituyen una desgracia nacional.

¿Qué equivocados están estos escritores! Ellos ni siquiera se han fijado en que los mineros americanos no han podido sostener la competencia con los mexicanos en esta época de terrible prueba; pues mientras en los Estados Unidos se paralizan los trabajos de las minas, en México se abren otras nuevas. Tampoco se fijan esos economistas en que día á día va aumentando la producción de oro en el país, merced á los esfuerzos que están haciendo en este sentido algunos mineros expertos y entendidos. Y por último, esos escritores ignoran que la minería mexicana no la constituyen solamente los criaderos argentíferos, sino que los hay auríferos, cupríferos, plomíferos y ferruginosos. De estos últimos tenemos el primero del mundo, entre otros muchos de importancia, según la autorizada opinión del ilustre sabio Alejandro de Humboldt. Ese criadero es el Cerro de Mercado, en Durango, cuya magnitud es muy superior á los halagadores cálculos hechos hasta ahora por algunos célebres mineralogistas; pues se ha notado

últimamente que aquel enorme depósito mineral se extiende algunos kilómetros á flor de tierra más allá de su base, siendo todavía más notable por su riqueza, pues produce por término medio setenta por ciento de metal.

Voy á hablar de otro escritor que me ha dejado turulado en estos últimos días, con una ocurrencia extraña referente á la minería, pues quiero reunir ambas opiniones para combatir las de una vez. Decía este último escritor: *hace más de tres siglos que se trabajan minas en México y aún no sabemos si ha sido con utilidad.*

¡Esto sí que es hablar por hablar!

Al ver tales desvaríos en hombres ilustrados, cualquiera se hace esta pregunta natural: ¿por qué será que tan entendidos escritores cometen tales dislates? La respuesta es muy sencilla: porque nadie puede ser omnicio impunemente, ó, en otros términos, aplicando un proloquio vulgar: *no todo lo bueno, es bueno para todo.*

He demostrado ya algunas veces que la minería ha sido siempre la base de la riqueza pública, porque ha producido abundantes recursos al Gobierno y porque los productos minerales han sido y son todavía los que sostienen el comercio exterior. Voy á procurar demostrar ahora que la industria minera no será nunca la Cenicienta de la agricultura.

Como el ilustrado escritor á quien me refiero dice, que *en adelante* la minería será la Cenicienta de la agricultura, es evidente que él mismo cree que hasta ahora ha sucedido y está sucediendo lo contrario; pero para que no quede la menor duda sobre este punto, diré que la agricultura se ha ido desarrollando bajo la benéfica influencia de la minería; pues esta industria, que es esencialmente consumidora, ha pagado siempre á peso de oro las maderas, las grasas, las pieles, las pasturas y el combustible á los agricultores, y la agricultura se ha encargado también de proveerla de braceros y de bestias de tiro y de carga. Ahora bien: lo que ha sucedido hasta hoy sucederá eternamente, en razón de que las leyes natu-

rales son inmutables. La naturaleza ha creado con profusión en nuestro territorio los depósitos minerales para ventura nuestra y no para que les convirtamos en dehesas improductivas ó ruinosas, como son casi todas las de la Mesa Central por falta de agua.

Yo no niego, no negaré nunca que la agricultura es susceptible de desarrollo; pues esto lo viene demostrando de algunos años atrás, con el aumento en la exportación de sus frutos: no soy yo como los adversarios de la minería, que confiesan que sus productos aumentan de año en año, de una manera regular, y sin embargo, cuando son más importantes se afirma con un aplomo que pasma, que la minería está próxima á desaparecer. ¿Hay en todo esto sentido común? Si la agricultura tiene elementos propios para su progreso incesante, la minería los tiene más abundantes y mejores, por lo que siempre ha de ser superior á aquella en el territorio nacional. Esta cuestión ha sido resuelta, de una manera concluyente, desde que existen los ferrocarriles.

Los augures del metal blanco, que ahora lo son de la minería, me obligan á hablar de su lisonjero porvenir, ya que tanto se ha pregonado su ruina.

El primer elemento con que cuenta ahora la industria minera para su desarrollo constante, es el espíritu de asociación, arraigado firmemente en las empresas mineras y sostenido y estimulado, de una manera plausible, con los cuantiosos dividendos que están pagando algunas minas, entre las cuales llama la atención la de Cinco Señores, en el Estado de Guanajuato, que está repartiendo cuarenta pesos por acción, ó sea cuatro mil pesos por barra cada mes, lo que equivale al doble del costo primitivo de las acciones, que han llegado á valer mil cuatrocientos pesos, ó lo que es lo mismo, *ciento cuarenta mil por barra*.

Sobre este punto no ha sido tan afortunada la agricultura; pues parece que el sistema de asociación no le prueba muy bien que digamos, á juzgar por lo que ha sucedido con algunas

empresas agrícolas, de las cuales citaré la que se fundó con la Hacienda de Santa Catalina del Alamo de Valdivieso, Estado de Durango, hace algunos años; pues á vueltas de pomposos informes anuales, llenos de las más lisonjeras esperanzas para el porvenir, se hundió últimamente la Compañía sin haber dado nunca dividendo alguno; y téngase presente que se trata de una finca rústica bien conocida en el país, por haber producido anteriormente á sus dueños pingües utilidades.

Cuenta ahora la minería con buena y abundante maquinaria, merced á los transportes rápidos y seguros; de manera que en adelante no estarán expuestas las empresas mineras á fracasar por la carestía de semillas y pasturas, á causa de la pérdida frecuente de las cosechas; pues no emplearán fuerza animal en las minas y haciendas de beneficio.

Los numerosos y abundantes criaderos plumíferos nacionales son ahora explotados con provecho, con el poderoso auxilio de los transportes; pues los minerales pobres pueden ser transportados fácilmente á donde se necesiten para alimentar las grandes fundiciones del país. De estos criaderos hay muchos conocidos que aún no se explotan en grande escala; como Zimapán, en el Estado de Hidalgo, Cuencamé, Mapimí y Las Norias, en Durango; y Mazapil, Bonanza, Chalchihuites, etc., en Zacatecas.

Existen muchos criaderos de cobre en la República, los cuales pueden ser explotados con ventaja tan luego como sean favorecidos por alguna vía férrea para el transporte de combustible. Lo mismo puede decirse de los criaderos de cinabrio descubiertos en el país y que aún no se explotan.

Pero la riqueza mineral de más risueño porvenir es la del fierro, porque pasma verdaderamente el considerar el desarrollo inmenso de que es susceptible con fletes baratos para el carbón que consume y para la distribución de sus productos. El Cerro de Mercado, cuyo mineral es muy dócil en su beneficio, porque consiste en óxidos negro y rojo y en pequeños lentes de fierro magnético, puede abastecer al consumo del

mundo entero por algunos siglos, según los cálculos del ilustre viajero alemán y del distinguido mineralogista inglés Juan Bowring, que visitó aquel criadero en 1840.

Ultimamente se ha formado una Compañía para explotar el gran depósito mineral, con tres millones de pesos; y excusado es decir que tendrá un éxito asombroso, porque cuenta con el Ferrocarril Internacional para el transporte de combustible y la expedición de sus productos, que bien pueden ser rieles, durmientes y artefactos de acero, y toda clase de útiles, accesorios y herramientas de fierro; así como planchas de éste y de acero de todas clases.

Los criaderos de carbón de Sabinas y de Piedras Negras que se explotan ya con ventaja, vendrán á ser una fuente de riqueza dentro de poco, que aumentará considerablemente la importancia de la industria minera.

Por último, tiene el país extensos criaderos salinos de cloruros, carbonatos y sulfatos de sosa, de nitratos de sosa y de potasa y otras substancias alcalinas que aún no están ensayadas ó analizadas; pero que indudablemente han de ser útiles para la industria, mientras que hoy perjudican los terrenos en que se efflorescen, siendo de advertir que hay fincas completamente invadidas por estos álcalis con una extensión casi igual á la del Estado de Tlaxcala; y para que no se crea que hablo de memoria referiré un suceso acaecido hace algunos años.

En un viaje que hice de Fresnillo á Mazapil en 1866, en busca de cobre metálico para alimentar mi fábrica de sulfato llegué al mediar un día á la Hacienda de Gruñidora. Era en el mes de Mayo y el calor excesivo que hacía me produjo una sed insaciable. Al bajar del carruaje me recibió en el vestíbulo de la casa principal el dueño de la finca, Sr. D. Quirino Serrano, hombre excelente, un coloso de siete pies de estatura; y lo primero que hice, después de saludarle atentamente, fué pedirle un vaso de agua. Grande fué mi asombro al oírle decir que no había: creí que se chanceaba; más él me tomó

suavemente del brazo y me llevó á su despacho, donde abrió una botella de vino y me ofreció un vaso lleno, diciéndome:

—El agua no tardará en llegar; hoy se ha retardado un poco el carretón porque se estropeó una de las mulas.

—¿Pues qué, no hay agua en esta finca?

—Sí hay, pero es muy salada y no se puede tomar: la buena la traemos de un pequeño manantial que existe en la sierra, á cuatro leguas de distancia.

—¿Pero entónces, qué agua beben los animales de la Hacienda?

—Beben la salada, porque ya están á ella acostumbrados; pero en este tiempo les hace mucho daño, en términos de que cuando nos descuidamos mueren por centenares. Hoy precisamente ha sido un día fatal para nosotros, porque hemos sufrido una pérdida muy grande: venga vd. á ver una catástrofe.

Me llevó por los patios y corrales de la casa hasta la salida del campo, donde ví más de trescientas ovejas muertas, en derredor de un pequeño tanque de agua salada muy concentrada, las cuales estaban desollando algunos peones. Aquel triste espectáculo me impresionó de una manera terrible, en términos de que tan luego como llegó el agua potable, se surtieron de ella mis mozos y continuamos caminando. Después supe que los ganados beben agua buena muy de tarde en tarde; pero que cuando el calor es excesivo se lanzan á todo correr en dirección del depósito más cercano y se sacian con el agua que contiene, aunque sea salada, sin que sean bastantes á contenerles los esfuerzos desesperados de los pastores.

Pues bien: estos terrenos salinos, que abundan por aquellos puntos, mortíferos é improductivos hoy, serán algún día un venero abundante de riqueza para sus dueños y para la industria nacional.

¿Se dirá todavía que la minería será en el porvenir la Cenicienta de la agricultura?